

fictio entre San Columbano y la corte de Teodorico, que acabó con la expulsión del santo de los Estados del rey. Este conflicto comprometió terriblemente la fama, la posición y los planes de Brunequilda. Esta reina, casi sexagenaria, excitó contra sí el odio de San Columbano, entre cuyas cualidades brillaba más la terquedad que la docilidad, y de sus muchísimos partidarios, que hablaban tan mal como podían de ella, acusándola de mujer disoluta, imputándole asesinatos y la corrupción sistemática de su nieto; acusaciones que han pasado á la posteridad con la biografía de San Columbano y la obra de Fredigaro, que tomó de esta biografía sus datos y copió de ella trozos enteros. Véase lo que dice el biógrafo del santo: «Estaba extendida ya la fama del varón santo por todas las comarcas de la Galia y de la Germania, todos le veneraban y se hacían lenguas de él, tanto que el mismo rey Teodorico le visitaba á menudo para solicitar humildemente que intercediera por él en sus oraciones. El santo entonces le reprendía duramente por vivir con mancebas en lugar de buscar las expansiones cordiales en la sociedad de una esposa legítima, á fin de que tuviera sucesores de una reina honesta y no de mujeres de mala vida.

»El rey se dejó vencer y prometió renunciar á todos los placeres ilegítimos; pero entonces la serpiente antigua (el diablo) se apoderó del alma de su abuela Brunequilda, que era otra Jezabel, y al ver que su nieto iba á obedecer al santo, le excitó contra éste, porque temía que si abandonaba á sus mancebas y ponía una reina á la cabeza de su corte, perdería ella gran parte de sus honores y de su autoridad. Un día llegó Columbano á la hacienda de Brocariaca (1) donde se hallaba Brunequilda, la cual al verle entrar en la casa, salió á recibirle con los hijos de Teodorico y los presentó al hombre de Dios. Columbano le preguntó qué quería que hiciera con ellos, á lo cual contestó ella: «Son los hijos del rey; dales vigor con tu bendición.» Entonces dijo él: «Sabe que éstos jamás heredarán el cetro real porque han salido de las casas (2) del libertinaje.» Esto puso furiosa á Brunequilda, que mandó salir á los pequeñuelos.»

Se comprende fácilmente el furor de la anciana reina, y que desde entonces viera en Columbano su enemigo más peligroso, porque todos sus deseos y toda su esperanza se cifraban en aquellos biznietos que debían continuar la dinastía y el poder de los merovingios, pues que no contaba para nada ni con Clotario II, por ser hijo de su enemiga mortal Fredegunda, ni con su otro nieto Teodeberto, que la había expulsado por consejo de los grandes de su reino. Columbano no podía negar á los hijos ilegítimos de Teodorico el derecho de sucesión, porque habiéndoles reconocido su padre por hijos suyos, bastaba esto segun el uso tradicional franco para legitimarlos; pero por el mero acto de rechazarlos y negarles su bendición el santo, y agregando á esto su profecía, autorizaba indirectamente cualquier atentado contra ellos y contra su derecho de herencia, con lo cual sobraba á los francos, siempre díscolos y turbulentos, para destruir en la primera ocasión favorable el trono de Teodorico y el reino de Borgoña. Por otra parte, si el rey oía los consejos de Columbano, se dejaba intimidar por él y se casaba, quedaba Brunequilda muy pronto reducida á la nulidad, con la casi seguridad de que sin su dirección peligraba también todo cuanto ella más deseaba conservar y robustecer.

«Cuando el hombre de Dios salió de la quinta y pasó el umbral, tembló la casa y se oyó un gran estrépito que aterró á todos; pero esto no aplacó el furor de aquella

(1) Segun Valesio (Valois), Bourcheresse, entre Autun y Chalons, segun Cassini, Porcheresse, á 8 kilómetros al Sur de Chalons.

(2) Cada concubina del rey habitaba una casa especial.

miserable mujer, la cual para vejar las comunidades monásticas, envió mensajeros á todas partes con órden de no permitir el tránsito fuera de los territorios de los conventos á ninguna persona perteneciente á ellos, ni dar posada ni auxilio á ninguno de los monjes de San Columbano. Al ver éste cambiado el ánimo del rey, corrió á él para hacerle desistir á fuerza de amonestaciones de tan miserable obstinación. Hallábase el rey entonces en la hacienda de (*Spissia*, ó *Spinsia* segun otro manuscrito) (3), y cuando Columbano llegó, á la puesta del sol, le avisaron de que el santo estaba allí, pero que no quería poner los pies en ninguna morada del rey. Teodorico pensó que valía más honrar al hombre de Dios con dádivas adecuadas que provocar la ira del Señor ofendiendo á sus servidores, y mandó preparar y enviar al santo varon viandas dignas de un rey; pero cuando el santo vió las fuentes, las copas y todo aquel lujo, preguntó lo que significaba, y al contestarle que el rey se lo enviaba, lo rechazó diciendo: «Escrito está: Dios rechaza las ofrendas de los impíos. Los servidores de Dios no deben mancillar su boca con las viandas de aquel que cierra no solamente su casa á este servidor, sino que le impide tambien que otros le franqueen sus moradas.» Al decir esto se quebraron todas las vasijas; el vino y la sidra se derramaron por el suelo, y lo demás quedó tambien disperso. Los criados espantados fueron á enterar al rey de lo que ocurría, y éste, no menos aterrado, corrió con su abuelo á apuntar el día á donde estaba el santo, al cual pidió perdon y prometió enmendarse en adelante. Con esto se apaciguó Columbano y regresó á su convento. Al poco tiempo echó el rey en olvido sus promesas, juramentos y seguridades; las vejaciones de los conventos aumentaron, y el rey siguió entregado á su vida licenciosa. Columbano le escribió una carta llena de reconveniones durísimas y le amenazó con la excomunión si no se enmendaba inmediatamente. Esta carta exacerbó la indignación de Brunequilda, que volvió á excitar contra Columbano al rey, á los grandes y demás cortesanos y hombres principales, y hasta á los obispos para que pusiesen en duda su ortodoxia y desaprobasen la regla que Columbano había establecido para sus monjes. Los cortesanos se dejaron arrastrar por la reina miserable, y recabaron del rey la órden de hacer decir á San Columbano que eligiese entre su expulsión del país, ó la renuncia á los artículos de sus constituciones que estaban en contradicción con las tradiciones de la iglesia franca. El rey, contra su deseo, tuvo por tanto que ir á Luxeuil á verse con Columbano y exponerle que sentía mucho que discrepara de las tradiciones que regían el culto en las diócesis del país y que no permitiera á todos los cristianos la entrada en lo interior de sus conventos.»

Esta última queja se refiere á que Columbano no dejaba entrar ninguna mujer en el interior de sus conventos, es decir, en la parte de éstos dedicada exclusivamente á los monjes, sin hacer siquiera una excepcion en favor de la reina Brunequilda, lo cual hirió el orgullo de ésta y excitó su cólera, segun resulta de una biografía anónima de San Agilo abad de Rebais que murió despues del año 636. Esta biografía, escrita á fines del siglo VII, es tambien favorable á San Columbano, de quien Agilo había sido discípulo, y de ella resulta que Brunequilda había obtenido de su nieto la órden de privar á la gente de los conventos el libre tránsito por todos los territorios laicos á modo de represalias.

«San Columbano, carácter firme y arrojado, contestó á las reconveniones del rey que no acostumbraba á dejar entrar seglares ni gente no monástica en las moradas de los servidores de Dios, pero que tenia locales convenientes para re-

(3) Hoy Eposse, á 11 kilómetros al Oeste de Semur (Cote d'Or).

cibir cuantos huéspedes se presentasen. El rey le dijo: «Si quieres participar en adelante de nuestras liberalidades y tener nuestra protección, has de permitir el acceso á todo el mundo,» á lo cual le replicó el abad: «Si quieres tocar á nuestra regla, sabe que no admito ni tus liberalidades ni tu protección; y si has venido para destruir nuestros conventos y relajar nuestra disciplina, sabe que tu dominio y toda tu descendencia se hundirán y quedarán aniquilados muy pronto.» Dijo esto, y los sucesos le han dado despues la razon. El rey, que había entrado ya en el refectorio, atemorizado por las palabras del santo, que le increpó duramente, retrocedió y salió; pero tan duras debieron ser las increpaciones que el rey le dijo: «¿Esperas que te ayudaré á hacer el mártir? No soy tan tonto... y lo mejor que podrás hacer, ya que discrepas de los usos generalmente admitidos en estos tiempos nuestros, será volverte al sitio de donde has venido.» Dicho esto, los que iban con el rey exclamaron que no querían en el país gente que no se tratara con todo el mundo. Columbano protestó, diciendo que no abandonaría el convento sino á la fuerza.» El rey se retiró, dejando allí á Baudulfo, uno de sus notables, el cual expulsó al santo y le internó en Besanzon. Columbano convirtió en la cárcel á muchos delincuentes condenados á muerte; y habiendo éstos prometido enmendarse, quebró el santo por un milagro sus cadenas y les aconsejó huir y acogerse al asilo sagrado de la iglesia más próxima. El jefe de los guerreros, al ver el encierro vacío y las cadenas rotas por el suelo, corrió con sus hombres, como quien despierta de un sueño, detrás de los fugitivos, y les habría capturado, porque encontraron cerrada la puerta de la iglesia, si San Columbano, á quien invocaron en su angustia, no hubiese hecho abrir la puerta por medio de otro milagro, en el momento más crítico, y que se cerrase detrás de los perseguidos, á los cuales ya nadie se atrevió á tocar despues que Dios les había salvado por dos milagros sucesivos. Ante esta religion y este clero con sus santos y milagros era imposible que se formara un poder civil, y aun formado, habría sido impotente para gobernar.

«El santo notó luego que nadie le vigilaba ni molestaba, y para observar si alguien vigilaba los caminos, subió á la montaña que domina la ciudad y el valle del Doux, y viendo que ningun peligro había, salió con los suyos de la ciudad y regresó á su convento. Al saberlo el rey y Brunequilda, creció su ira y enviaron una banda de guerreros á volver á Columbano al lugar de su destierro. Estos registraron los átrios del convento, y aun pisaron los pies del santo sin verle, hasta que al fin el jefe le descubre; pero conmovido por el milagro, encargó á sus guerreros que dijieran al rey que no han podido encontrar á San Columbano. El rey, enfurecido más que nunca, envió otra vez á Baudulfo con un jefe llamado Bertarico y sus guerreros. Estos encontraron á Columbano y le suplicaron humildemente que obedeciera la órden del rey y saliera del país; pero el santo se resistió. Entonces se retiraron los jefes encargando á sus guerreros más feroces la ejecución de la órden; y aquellos hombres, con toda su ferocidad, rompieron en llanto lamentándose de haber cometido tamaña iniquidad, y aquellos hombres, con toda su seguridad, abandonó Columbano en compañía de todos sus monjes el convento para seguir al jefe Ragamundo, encargado de su custodia y escolta, hasta Nantes (era el año 615). Columbano pidió á sus monjes que salieran con él de los dominios de Teodorico; pero los guardas que los habían de conducir hasta la frontera tenían órden de expulsar solamente á Columbano y á sus compatriotas y retener á los demás en el país. Así es que hubieron de arancar del lado del santo á su discípulo Eustasio, que despues fué abad del convento (de Columbano).»

PUEBLOS GERMÁNICOS Y ROMANOS

De los milagros que se produjeron en el viaje del santo, segun su piadoso y creyente biógrafo, solo referiremos algunos. La ruta llevó á los desterrados y su escolta á Besanzon, Autun y de este último punto al castillo de Cavallo, hoy, segun Mabillon, Avallo, entre Autun y Auxerre. Allí, un caballero del rey Teodorico quiso atravesar al santo con su lanza; pero su brazo quedó paralizado antes de poder dar el golpe fatal. Alojados en casa de una noble y piadosa señora por nombre Teopemanda, en una aldea llamada Cora á orillas del rio del mismo nombre (hoy Cure), afluente del Yonne, curó á 17 poseidos y dementes. En Auxerre dijo Columbano, repentinamente, al jefe de la escolta, Ragamundo: «Clotario, del cual hoy día no hacéis caso, será antes de tres años vuestro amo;» y cuando el otro, con razon sorprendido, le preguntó por qué motivo decía esto, contestó el santo: «Ya lo verás, si entonces estás todavía vivo.»

El viaje se hizo dando muchas vueltas y rodeos, porque desde Auxerre tomaron otra vez la dirección del Sur para pasar el Loira en Nevers. Uno de la escolta pegó allí al santo con el remo al embarcarse, y al momento le profetizó Columbano que no tardaría á sufrir allí mismo el castigo de Dios. Efectivamente, se ahogó allí el culpable, pero esta desgracia le sucedió á su regreso, «á fin de que la mirada del santo no quedara manchada con la vista de la ejecución de su venganza,» dice el biógrafo, el cual no explica cómo puede manchar la mirada, aunque fuese de un santo, un milagro de Dios.

«Subiendo otra vez al Norte llegaron delante de Orleans, donde levantaron sus tiendas á orillas del Loira, porque el rey les había prohibido entrar en la ciudad y en las iglesias. Envió Columbano, no obstante, dos de sus monjes á la ciudad para comprar provisiones; pero nadie se atrevió, por temor al rey, á venderles ni regalarles nada. Al volverse al campamento encontraron en la calle á una mujer siria, cuyo marido, sirio tambien y de oficio mercader, era ciego. Aquella mujer extranjera tuvo compasión de los monjes y les ofreció su casa, diciendo: «Venid á casa de vuestra servidora y tomad lo que necesiteis, pues yo tambien soy extranjera nacida en el lejano Oriente.» Allí fué Columbano con los suyos y en recompensa de la hospitalidad devolvió la vista al marido y curó tambien á una multitud de poseidos que acudieron á la casa.»

Este dato de la presencia de un mercader sirio en el Norte é interior de Francia á principios del siglo VII es muy valioso, porque confirma el abandono completo de toda industria menos la agricultura y de todo comercio por la población galo-romana, y es solo un ejemplo de los muchos datos útiles para la historia de la civilización, de las artes, de la industria, de la higiene, de la medicina, jurisprudencia y otras ciencias que encierran entre su principal balumba de milagros las «Vidas de los Santos» escritas en todo el curso de la Edad media.

Los demás habitantes de Orleans siguieron el ejemplo del matrimonio sirio y aunque en secreto honraron al santo con muchos y grandes regalos, «porque por temor al rey y á los hombres de la escolta no se atrevieron á hacer los regalos públicamente.» El santo, que no había querido admitir las ricas viandas del rey, aceptó muy contento las dádivas abundantes que contra la órden de éste le llevaban ocultamente sus súbditos.

Desde Orleans siguieron por el rio hasta Tours, donde Columbano suplicó á sus guardas que se detuvieran á fin de visitar el sepulcro de San Martin; pero los guardas ordenan al patron del barco y á los remeros pasar adelante á toda prisa y con todas sus fuerzas. Entonces el santo, orando con fervor, hizo que se quedara el barco parado en medio del rio,

como si hubiese echado el ancla, y despues giró por sí solo con la proa hácia la ciudad. Al ver esto los guardas cedieron espantados; la embarcacion se dirigió como una flecha al desembarcadero, y los guardas dejaron que su prisionero pasara la noche junto al sepulcro de San Martin y que asistiera á una comida que al día siguiente le ofreció el obispo Leoparo. Este preguntó al santo, estando á la mesa, por qué motivos se volvia á su país, y le contestó Columbano al estilo rudo de su época: «Ese perro (1) de Teodorico me ha separado de mis hermanos y me expulsa del país.» De esta contestacion podemos inferir cuál habrá sido el lenguaje del santo cuando enfadado increpó al rey con palabras duras y al querer el rey penetrar en el interior del convento.

Uno de los comensales, germano y seglar, encontró no obstante la expresion del santo demasiado chocante, porque si bien casado con una hermana del padre de Teodeberto y de Teodorico, se portó como fiel súbdito de este último, y preguntó en tono muy humilde si no valia mas beber leche que ajenjo; pero el santo comprendió al instante la delicada reconvenccion y dijo: «Ya lo veo; tú quieres cumplir con lo que te prescribe la fidelidad que debes al rey Teodorico;» á lo cual el otro contestó que, en efecto, pensaba ser fiel al rey mientras viviera. Entonces le dijo el santo, exaltado: «Pues bien: ya que tan ligado estás al rey Teodorico por el deber de la fidelidad, puedes hacerle saber que él y sus hijos estarán antes de tres años aniquilados y que el Señor arrancará toda su familia de raíz.» Preguntóle el súbdito fiel: «¿Con qué motivo, oh servidor de Dios, dices tú eso?» y Columbano se contentó con responder: «Porque no puedo callar lo que el Señor me encarga decir.»

Antes de Teodorico murió su hermano Teodeberto, respecto del cual nada profetizó el santo, que por otra parte tampoco tuvo nada que ver con él.

Los historiadores apologistas de la Iglesia han defendido siempre ésta y á sus servidores diciendo que sus trabajos de propaganda entre los paganos y la conversion de éstos al cristianismo pesan mucho mas en la historia que sus desprecios y traiciones hechas á aquellos reyes, sin los cuales, es decir, sin cuyo poderío y apoyo jamás habria el clero convertido á los germanos que habitaban la Alemania de hoy.

El iracundo santo no solamente reprendia al rey y á sus mas fieles defensores sino hasta al santo mas venerado en Francia entonces, es decir, á San Martin. En efecto, cuando Columbano regresó á bordo de su embarcacion para continuar su viaje, encontró á sus compañeros en la mayor afliccion porque durante la noche habian sido robados todos los víveres y el dinero. Al ver este desaguizado, volvió Columbano á tierra y al sepulcro de San Martin, al cual increpó en estos términos: «¡Por cierto no he velado esta noche pasada en honor tuyo junto á tu sepulcro para que nos dejes perjudicar á mí y á los míos de esta manera!» La repulsa produjo efecto, porque por medio de un milagro apresuróse San Martin á presentar los efectos robados juntamente con los ladrones.

«Desde Tours pasaron á Nantes, cuyo obispo Sofronio, acatando las órdenes del rey, no quiso dar ni vender nada á los expulsados, pero quedó avergonzado por dos mujeres nobles y religiosas que les regalaron cada una cien modios de vino, doscientos modios de cereales, cien modios de trigo blanco y cien modios de varios otros comestibles. El obispo y el gobernador Teodobaldo embarcaron conforme las órdenes recibidas á Columbano y á sus compañeros con todo su

(1) Para ver el lenguaje desenvuelto hasta en los siglos XVI y XVII y los improperios que se tiraban las personas mas mansas hasta leer las polémicas y cartas de Lutero y de Milton y algunos escritos de Quevedo.

equipaje en un buque mercante escocés que los debía conducir á Irlanda, pero el buque encalló y no pudo ser puesto á flote sino despues de haber vuelto á desembarcar á Columbano con todo lo que le pertenecía. Entonces conocieron todos que Dios no queria que el santo abandonara la Galia; y sin que le molestasen ni el obispo ni el gobernador regresó á su posada y desde ella dirigió sus pasos á los dominios de Clotario, que estando ya enterado de las muchas y graves vejaciones que habia sufrido de parte de Teodorico y de Brunequilda, recibió á Columbano como un presente de Dios; le suplicó que se estableciera en su Estado y le prometió servirle en un todo á su gusto. El santo declinó el ofrecimiento, ya para continuar sus correrías, ya para no dar motivo á un conflicto entre Clotario y Teodorico.

»Clotario le detuvo cuantos días pudo y se dejó reprimir por el santo por ciertos extravíos que casi en ninguna corte faltan, prometiendo enmendarlo todo segun correspondia, porque respetaba mucho la sabiduría y sus consejos.

»Durante la estancia de Columbano en esta corte estalló entre Teodorico y Teodeberto una disputa sobre los límites de sus dominios, y ambos solicitaron por medio de embajadores el auxilio de Clotario, que por su parte estaba dispuesto á intervenir; pero consultó á Columbano sobre á cuál de los dos hermanos debía de apoyar. El santo, lleno de espíritu profético, le dijo que no auxiliara ni al uno ni al otro porque antes de tres años los dominios de ambos estarian en su poder. Clotario siguió el consejo, aguardó el tiempo indicado y al fin fueron suyos la victoria y el triunfo.

»Columbano obligó despues á Clotario á prestarle el auxilio necesario para hacerle pasar sano y salvo el territorio de Teodeberto y los Alpes hasta su llegada á Italia. Clotario le dió una escolta para acompañarle á la corte de Teodeberto.»

Las relaciones entre ambos reyes eran amistosas entonces (en el año 611) no obstante la neutralidad de Clotario en la contienda de los dos hermanos, neutralidad aconsejada, segun el biógrafo de San Columbano, por este santo, y segun Fredigaro, comprada por Teodorico con la promesa de restituir á Clotario el distrito llamado Dentelino si quedaba vencedor. Ambos autores pueden tener razon, porque el ofrecimiento de Teodorico y el consejo de Columbano no se excluyen.

»Pasaron por Paris, donde el santo arrojó un demonio del cuerpo de un poseido, y llegaron á Meaux. En esta ciudad los recogió un grande de la corte de Teodeberto, llamado Hagnerico, hombre discreto, distinguido tanto por su antigua prosapia noble (2) como por su sabiduría é influencia en el consejo del rey. Este hombre se encargó de introducir el santo en la corte sin necesidad de que le acompañase la escolta dada por Clotario. Al emprender de nuevo el camino bendijo el santo á toda la familia de su guia y huésped, entre cuyos hijos figuraba la niña Burgundofera ó Fara, que consagró al Señor, y que efectivamente fué despues una gran santa y murió en 657 siendo abadesa del convento de Fare-Moustier, fundado por ella junto al rio Morin mas abajo de Meaux.

»Desde esta última ciudad llegaron á la hacienda de Eussy á orillas del Marne, donde fueron acogidos por Antarico y su esposa Aiga, que presentaron al santo sus dos hijos menores de diez años para que los bendijera. No tardaron en figurar estos jóvenes en la corte de Clotario y despues en la de Dagoberto, pero renunciaron á las glorias de este mundo para cuidar de su alma, y á este fin fundaron dos conventos con

(2) Seria descendiente de una antigua familia senatorial galo-romana á pesar de su nombre germánico, porque el original dice *convisca*, en lugar de *antrustio*; el primer vocablo se aplicaba á romanos y el segundo á los germanos de la corte.

la regla de San Columbano; el mayor, llamado Adofundo, el convento llamado Jouarre en el Jura, una legua de Meaux, y el menor Dado (despues venerado bajo el nombre de San Audoen) fundó el suyo en los montes Brigenses á orillas del riachuelo Rebais (al S.E. de Paris y al Sur de los dos rios Grand y Petit-Morin).

»Al fin llegó el santo á la residencia de Teodeberto, que le recibió con gran satisfaccion y con los honores debidos, porque antes de Columbano habia recibido ya en sus Estados, como botin arrebatado al enemigo, á muchos compañeros del santo que habian pasado allí desde Luxeuil. Teodeberto ofreció á Columbano designarle lugares hermosos para establecerse allí y enseñar la religion cristiana á las tribus vecinas (es decir, los alemanes), y el santo prometió probar á sembrar entre estas tribus la semilla de la fe. El rey dejó al santo la eleccion entre los lugares propuestos, y Columbano eligió, al otro lado del Rhin, el sitio donde se hallaban las ruinas de una ciudad destruida en época antigua, llamada *Bregantia* (hoy Bregenz, en la orilla oriental del lago de Constanza), punto en opinion de todos el mas á propósito al objeto deseado.»

Esta es la primera noticia que desde las campañas de Valentiniano, por el año 374 de nuestra era, tenemos de una comarca vecina del lago de Constanza, que luego hubo de adquirir tanta fama con la fundacion del monasterio de San Gall.

El año anterior á este viaje de Columbano, es decir en 610, Teodeberto con fuerza armada y por sorpresa habia invadido la Alsacia y otros territorios pertenecientes á su hermano. Para zanjar esta cuestion habíanse reunido los dos reyes con sus francos en parlamento en Seltz, á fin de que los hombres de armas resolviesen.

Por primera vez se nos presenta aquí un caso en que el pueblo franco, es decir, los hombres libres, aparece como árbitro en cuestion de límites de dos reinos suyos. En otro caso vimos que el rey Gontran y no el pueblo fué árbitro. Materialmente era imposible reunir en parlamento á todo el pueblo franco diseminado por toda la Galia. Así es que Teodorico llevó consigo al parlamento solo 10,000 guerreros, siendo de suponer que el número de francos libres en sus Estados era mucho mayor. Claro es que llevaban la palabra solamente los mas poderosos, y en particular los que rodeaban al rey, y como mas inteligentes é influyentes los mayores ó administradores de la real hacienda, que acompañaban al rey á todas partes. No hay que pensar aquí ni en constitucion ni en parlamento en el sentido actual de estas palabras, porque los francos libres, los guerreros que acudían á estas asambleas no representaban ni á los ausentes ni á su clase, sino solamente á sí mismos. En la asamblea de que aquí se trata no hubo arbitraje, porque Teodeberto, que era el dueño del país donde se celebró, compareció con una hueste mucho mas numerosa, y su hermano no se atrevió á hacer oposicion ni á defender su derecho, sino que cedió á Teodeberto la Alsacia y perdió además los territorios de los sugentenses, turenenses y campanenses (1), que Teodeberto reclamó como suyos. Con esto regresaron ambos reyes con sus guerreros á sus hogares.

Entonces varias partidas de alemanes de los tributarios de Austrasia, sin duda por instigacion de Teodeberto, invadieron el territorio de Avenches, la patria del historiador Fredigaro, cometiendo las atrocidades de costumbre. Los jefes gobernadores, Abelino y Erpino, y los demás caudillos del

(1) Los primeros ocupaban el país entre Bolfort y Mulhouse; los segundos probablemente el canton suizo de Turgovia, ó la cuenca del Tur, y los últimos acaso el país de Basilea.

país, que pertenecía á Teodorico, marcharon con sus fuerzas contra los invasores, pero sucumbieron; los alemanes vencedores mataron á la mayor parte de la gente; lo incendiaron y saquearon todo, y se volvieron á su país con mucho botin y gran número de prisioneros. «Teodorico no perdonó estos ultrajes de su hermano, y desde entonces solo pensó en los medios de aniquilar á Teodeberto,» dice Fredigaro.

En este mismo año, 610, Teodeberto mató á su esposa Biliquilda (2) y tomó en su lugar á una jóven llamada Teodiquilda.

Al año siguiente, 611, hizo Teodorico sus preparativos de guerra contra Teodeberto, del cual dijo que no era hermano suyo ni hijo legítimo de Childeberto, y para asegurarse la neutralidad de Clotario II prometióle, en caso de salir vencedor, restituirle el distrito Dentelino. En 612 reunió una gran hueste, llamando á ella á los hombres de armas de todas las provincias de su reino. El punto de reunion fué Langres, ciudad próxima á la frontera de Austrasia. Desde allí se dirigió la hueste por Andelot (3) y Naise-sur-Ornin (4) sobre Toul, en cuyas inmediaciones le aguardó Teodeberto con sus fuerzas. Estas fueron derrotadas con grandes pérdidas; Teodeberto atravesó huyendo el territorio de Metz y los Vosges y no paró hasta Colonia, desde donde pudo levantar nuevas tropas entre las tribus turingias y sajonas inmediatas. Teodorico persiguió con sus guerreros á los fugitivos, y pasando por el territorio de Maguncia se presentó á él el obispo Leonisio, que apreciaba el talento y carácter de Teodorico y odiaba á Teodeberto por necio. Este varon animó á Teodorico á llevar á cabo su empresa, diciéndole: «Concluye lo que has empezado; pero has de poner en ello todas tus fuerzas. Escucha esta fábula rústica. «Un lobo subió á una montaña con sus lobeznos cuando éstos empezaban ya á cazar, y les dijo: «Tan léjos como alcanza vuestra vista al reedor, no teneis amigo alguno, excepto los pocos de vuestra raza; de suerte que teneis que acabar como habeis principiado.»

Esta fábula del lobo no es antigua; es germánica, es el símbolo germánico de la proscripcion. El proscribo no tiene amigos fuera de los que con él lo están tambien. El obispo era germano, y su consejo era mas propio del antiguo paganismo germánico que del espíritu del cristianismo. En cuanto á su conducta respecto del rey vencido, no pudo ser mas traidora ni mas repugnante.

Teodorico atravesó con su hueste las Ardenas y marchó sobre Zulpich (Tolbiacum y Tolbia). Allí le hizo frente Teodeberto con sajones, turingios y otros germanos, que habia conseguido reunir al otro lado del Rhin. La batalla que se libró fué la mas sangrienta que los francos habian tenido con otros pueblos desde tiempo inmemorial; la tradicion popular dice que los muertos no tenian sitio donde caer y quedaban en pié, entre las masas compactas de los guerreros vivos; «Dios, dice el cronista, iba delante de Teodorico, el cual con sus guerreros siguió á los fugitivos, que en vano trataron de llegar al Rhin y pasarlo; todos fueron acuchillados, y todo el camino estaba cubierto de muertos. El vencedor llegó el mismo día de la batalla á Colonia, donde se apoderó de los tesoros de su hermano, detrás del cual envió á su camarero Berarico. Este alcanzó al fugitivo con los pocos que le acompañaban, y lo presentó, despojado de sus vestiduras reales, á su rey en Colonia, recibiendo en recompensa todo cuanto habia quitado á Teodeberto, incluso su caballo y sus adornos reales. Meroveo, el hijo pequeñuelo

(2) No sabemos por qué ni tampoco si á consecuencia de formacion de proceso ó por medio del asesinato.

(3) Aldea en el departamento de Haute-Marne (Champaña).

(4) Aldea en el departamento del Mosa.